

Infamante Electra de Benjamín



Raúl Ruiz

Cineasta y director teatral chileno, radicado en Francia

Lirismo y procacidad son las dos palabras que se me vienen a la cabeza al leer las obras de B. Galemiri. Las mismas que se podrían aplicar a Pablo de Rokha, a Nicanor Parra y hasta a un cierto Neruda, sus compatriotas, y a Bashevis Singer o a Roman Gary, sus correligionarios. Solo que Galemiri no hace ni poesía ni novela sino todo lo contrario, es decir, teatro.

Un teatro de *parol*, pero también de *palabre*.

Un teatro para ser dicho, para ser proclamado y hasta perorado.

En muchas de las obras de Benjamín que me ha tocado leer, coexisten la diatriba y la blasfemia con la lamentación melancólica y un irónico *pedir perdón*. La lengua castellana ayuda: el castellano no se habla, sirve para dar bofetadas con palabras. Idioma perfecto para insultar y declarar guerras (*dixit* Tirso de Molina). Pero el castellano de Galemiri viene de Chile y las distancias lo han vuelto lenguaje elusivo, subafirmativo, triste. En la lengua de Chile se puede decir una cosa por otra, se puede hablar sin verbos y sin sujeto, es decir, se puede hablar sin que se sepa de qué se está hablando. En chileno se puede amenazar y pedir perdón al mismo tiempo. País de las primaveras y de los otoños, diría el príncipe de Shang, es decir, aquel lugar en donde todo es medias tintas.

Nada es verdad ni es mentira

Ni siquiera el color del cristal con que se mira (Nicanor Parra).

En los campos del Chile central se suele usar la expresión *huaso ladino* para designar al campesino que esconde lo que piensa. Léase *pillo*, astuto, desconfiado.

¿Ladino?

Ladino porque de lado, oblicuo, me explicaban los adultos, cuando yo era niño. Sea. Pero ladino también para decir que ese huaso es como dicen que son los judíos. Benjamín Galemiri es judío y sefardita, es decir, *del sur*.

1. Publicado *A guisa de prólogo* en Galemiri. *Infamante Electra * Ese discreto ego culpable* (2006), Santiago: Cuarto Propio, pp. 17-19.

Galemiri¹

En la lengua de Chile se puede decir una cosa por otra, se puede hablar sin verbos y sin sujeto, es decir, se puede hablar sin que se sepa de qué se está hablando.



Infamante Electra, de B. Galemiri. Dirección Raúl Ruiz. Teatro Camino, 2006.
En escena: Óscar Hernández, Héctor Noguera y Amparo Noguera.

Vamos atando cabos y releamos esta obra:

Lírica

Imprecatoria y blasfematoria

Tragicómica

Chilena y ladina

Lírica por el aliento que la anima

Bíblica por el énfasis profético, cargado de imprecaciones

Hispanica en sus blasfemias

Trágica por el trasfondo de pogroms

Benjamín dice que esta obra debiera hacer reír, pero yo desconfío de los chistes: los chistes de Chiloé a mí me dan miedo, los chistes chinos me hacen cosquillas y me dejan perplejo, los chistes judíos me dan pena, los árabes me dan apetito, los españoles me dan rabia y los franceses me dan ganas de hacerme católico. ¿Cómica, **Infamante Electra**? No creo. Sí, tragi-

cómica, como llama el licenciado De Rojas a **La Celestina: tragicomedia de Calixto y Melibea**.

Cuando quiero reír ya no río y a veces me río sin querer.

Si contamos, tres personajes hay en esta obra, pero, ¿quién cuenta? Yo veo muchos más, desde ya, Edipo (el de Colona, el exiliado), Antígona, su hija, su defensora. Pero también Ashaverus, el judío errante; el omnipresente y omnisciente fantasma llamado Dibuk y Judith o Raquel o Esther y, por qué no, Lilith. Y también Fresia disfrazada de Laurencia.

Y, entre ellos, el entretenedor público de las fiestas de los judíos de Polonia, el portavoz de escándalos y chismes, entre locutor de radio y Ministro del Interior.

Tres personajes que son muchos.

Pero que son también uno solo.

Porque esta obra puede ser vista como un monólogo, un discurso.

Un discurso a las abejas.

¿Qué?

En los campos, cuando muere el dueño de casa, las abejas abandonan los panales si no se las convence con un buen discurso.

El nuevo dueño de casa se dirige al panal y hace uso de la palabra, y de su capacidad de convicción depende si las abejas se quedan o se van.

Para ello, dicta la tradición, el orador tiene que ser persuasivo, halagador, pero también amenazante. Prístino, pero a veces enigmático, dulce y sin embargo, severo.

Dos historiadores de la religión romana, Scheid y Wardman, concuerdan en que la religión de los romanos es *Religión de Victorias*, una religión que no admite derrotas, un poco como el *gatecismo*, esa nueva fe inventada recientemente por Bill Gates, predicada en Chile por los mal llamados profetas de la Concertación.

La religión de Israel y en cierto sentido del cristianismo, la religión de esta obra es religión de la derrota, de la caída, de la culpa.

Lo que la vuelve a veces (a ella y a la obra), excesivamente irrefutable.

Así es. ●